

La Puerta Cervera

CON la construcción del Cementerio actual tomó esta calle la triste animación que la distingue, modificada según lo van imponiendo los tiempos. En los de mi infancia, de vida más pobre, más recogida y reposada, el esplendor que ofrecía la calle el día de los Santos, el más alegre para ella, era debido al aposentamiento de las mozas en las aceras o en los portales si el día era desapacible.

Empezaba la fila de sillas en la casa de mi abuelo Juan Pedro, la de la Torrecilla, la Inocenta la Serena y el tío Joaquín Vela. Más delante había otro núcleo muy bullicioso en la casa de Justo el polvorista. Esta acera como caldeada por el sol poniente, estaba más concurrida que la de Casto el Zurrante y el Molinerillo Hermoso.

Las aceras estaban cubiertas de peludos para poner los pies. Se comían tostones, **alcagüetas** y por primera vez ese día castañas asadas.

Las mozas llevaban unas chambras con puños de volante o de puntilla, que les llegaban hasta los nudillos, botas de botones abrochadas hasta media pierna, según se apreciaba viéndolas quitadas, porque puestas solo se veían las punteras por debajo de las sayas.

Los mozos paseaban o remoloneaban por las esquinas atizando la hoguera amorosa con el fuego de las miradas, que entremezcladas con los lloros y exclamaciones de los visitantes del Cementerio dejaban ver el eterno discurrir de la vida por entre el llanto y la risa.

Buenos y agradables son los recuerdos de cualquier rincón del suelo nativo, pero los de aquel a que os conducía de pequeño la madre idolatrada, tienen especial ternura y en este caso el sello indeleble de una escena de dolor, el dolor famoso, causante de la muerte del tío Juan Pedro en aquella alcoba tan grande, entre un grupo de familiares oprimidos por el violento sufrir del agonizante.

OMISIONES

EN relación con los usos campestres publicados en el fascículo VI, se nos han señalado dos omisiones importantes. Durante la comida se procuraba alejar al perro diciéndole: «tuso», al tiempo que se le tiraba un canto. Una vez acabada la comida se le llamaba: «chile, chile» y se le ponía el caldero para limpiarlo lamiéndolo.

El caldero, lleno de polvo, antes de disponerlo para guisar, se limpiaba con el rabo de la mula, doblando las cerdas para hacer un manajo.

UN personaje importante que se ha omitido en las referencias de la Cruz Verde, es la Chatilla la **enjalbegaora**, que vivió en la misma casa del Cristo, en aquellas portadas por donde se entraba y subía a la casa del cerrete. Merece recordarse porque blanqueó el pueblo mucho tiempo, sobre todo las puertas de la calle, (entonces no se decía fachadas). Nunca usó escaleras. Llevaba dos cañas con cazo en la punta y dos pellejillos. Desde el suelo tiraba la cal con gran arte para no desperdiciarla y con los pellejos la restregaba dejando la pared como una patena. ¡Menuda era la Chatilla!